

Seminario Buenas Prácticas de Innovación Social

1 de noviembre de 2019

Autor: Joaquín Castillo de Mesa

Conferencia "Buenas Prácticas de Innovación Social"

En la actualidad la intersección tecnología y sociedad está presente en casi todas las nuevas soluciones que se idean. Desde el Grupo de investigación HUM-590 estamos liderando el Proyecto Colaboratorio, basado en un diagnóstico sobre las necesidades, paso previo indispensable para planificar. En paralelo el Ayuntamiento ha puesto en marcha un Plan de Innovación. Pero cabe preguntarnos, ¿es posible planificar la innovación social. Se habla, y tanto, de innovación social que casi da pudor nombrarla a la ligera. Por respeto al propio concepto prefiero referirme al Trabajo Social, por eso de que la inspiración te pille trabajando y alcances esa aspirada innovación social. No obstante, este concepto incorpora unas condiciones interesantes de las que es necesario reflexionar. De una parte, las condiciones exo, en el esquema de la teoría ecológica de Brofenmänner podemos apuntar a la necesidad de asumir una complejidad mayor, lo cual es imposible hacerlo con modelos que buscan ordenar, dividir, compartimentar para desde una especialización que mira más al siglo pasado, al de la industrialización, encuentre la innovación. Necesitamos tener una capacidad de mirar más allá de los dominios particulares, para encontrar la divergencia, ser capaces de mirar un objeto desde distintos puntos de vista (Sennet, 2008) para encontrar ya no solo a innovación, sino la disrupción.

En la ciudad de Málaga encontramos un contexto idóneo porque la población es heterogénea, diversa. Es decir, hay personas de distintos orígenes, razas, etnias, edades, amplitud cultural, condiciones que según Florida (2002) permite que los territorios se orienten hacia una mayor creatividad.

Sin embargo, cuando pensamos en el entorno donde se buscan esas soluciones, las áreas de derechos sociales, de bienestar social (o como se les quiera denominar) de las distintas entidades públicas (ayuntamientos, diputaciones, etc...) no parece que sean entornos meso muy favorecedores. Ni siquiera en el tejido social de las asociaciones no lucrativas podemos encontrarlo ya que están reproduciendo los modelos burocráticos de las organizaciones públicas.

No obstante, para intentar encontrar la disrupción hay que buscar que participen en los diagnósticos actores que no sean siempre los mismos, que no hablen la misma jerga, porque si no conducirá al conocimiento monolítico. Y sí, con la ciudadanía también, que conforme un capital social que sea capaz de transitar a través de los denominados vacíos estructurales de los que nos habla (Burt, 2005). Por eso decía el Trabajo Social (pero el de verdad) es la disciplina desde la que poder abordar estas relaciones, comunidades. Pero no la única, ni tampoco las ciencias sociales por sí misma, juntando a los psicólogos sociales, educadores sociales, etc... Hay que romper con eso, y tratar de juntar a estas disciplinas sociales con tecnólogos, con biólogos, con profesionales humanistas, en definitiva, con otras miradas que puedan observar un objeto desde distintas perspectivas. Y no tener miedo a compartir. Al contrario, colaboración, compartir, cooperar, coordinarse y buscar alianzas, que implica innovar. Para pasar del típico esfuerzo por el contenedor para llegar al esfuerzo por el contenido. Estamos en un momento en el que se intenta innovar copiando lo que se hace en otros sitios. Innovar parte de una socialización, del denominado caos creativo. Y si no partimos de esa socialización de los que serán parte de la socialización es muy probable que la adopción de una innovación ajena no cale, no funcione.

¿Utilizar metodologías que procuran alcanzar innovación nos hace ser más innovadores? Hay que usar metodologías para la innovación pero, cuidado, innovar no es usar estas metodologías, sino aplicarlas desde un planteamiento de abajo hacia arriba.